

IX

Paseos.—El Hipódromo.—Escenas nocturnas.—Alcalde.—
Chascos.—Noches.—Clay.—Un casamiento.—Leyenda
de amores.

FUERA la murria, caballero! Alístese vd., vamos á pa-
sear el boa por esos mundos! Tales eran las exclamaciones de Joaquin cuando me veia con *el tonto encima*, porque existe la piedad de la palabra y es frescor y alivio para el alma la manifestacion de interes por nuestras penas. . . . Gomez del Palacio y Lancaster aplaudian. . . . tomaba mi sombrero, me iba á acabar de vestir en la calle, y á paseo. . . . tomábamos un carrito, y á *wagonear*, verbo de mi uso privado para designar los viajes ó el ejercicio en wagon.

Así recorrimos los jardines, así paseamos bajo las frescas arboledas de Carrondelet.

Allí donde había una diversion, nos deteniamos.

En una de esas excursiones, concurrimos al Hipódromo, lugar desmantelado al que se penetra por un *bar-room* donde todo es algazara: el incompetente tablado tendrá cabida para quinientas personas; hombres y señoras estaban en las gradas, adonde tenia aucion de sentarse el que pagaba dos pesos á la entrada, y lo demás del concurso disfrutaba de las caricias de Febo, capaces de achicharrar una losa de mármol.... Vimos carreras como en San Francisco, pero de mucha ménos importancia.

En las tardes prolongábamos nuestra sobremesa, disfrutando yo realmente con la interesante conversacion de mis compañeros.

Alcalde narra de un modo admirable, gesticula, se apasiona, y en medio de su tempestuosa exaltacion, es no solo modesto sino humilde, posee la preciosa facultad de admirar el ajeno mérito, y confiesa sus errores con lisura y sin reticencias.

Lancaster es sólido en sus racionios, sostiene sus ideas con firmeza, muestra su saber sin pedantería y sabe escuchar, lo que es cualidad más estimable de lo que á primera vista parece; ántes que todo, cuida de no herir en lo más leve á su adversario; jamás llega en sus discusiones á la porfía, y sus tendencias conciliadoras y su mesura le hacen parecer poco franco; pero es en realidad porque desea que se tenga con él el respeto que él dispensa á los demás.

Francisco Gomez del Palacio es seco y concentrado: habla poco, no disputa jamás; pero cuando es incontenible para él una opinion, estalla, se apasiona y se desborda en arranques de espontánea y poderosa elocuencia: de selecta

instruccion, de versacion constante en griegos y latinos, de grande imaginacion y palabra fácil y brillante, Gomez en el trato es dulce, condescendiente y servicial.

De Iglesias no hablo, porque podrian parecer muy parciales mis consideraciones.

La diversidad de nuestros caractéres convertia en interesantes nuestras pláticas, de que yo me aprovechaba sacando lecciones y teniendo motivo de admirar á los que me honraban con su amistad.

A prima noche, dos ó tres de nosotros nos dirigiamos al correo, donde con puntualidad extraordinaria se avisa día por día las entradas y salidas de buques, los pasajeros que arriban al puerto y donde se adquieren las noticias importantes de todo el globo.

Muy frecuentemente mis excursiones eran con Alcalde, quien se endiosaba, se desmorecia con los charlatanes que con grande aparato proclamaban sus mercancías.

En la calle del Canal, y al pié de la estatua de Clay, se fijaba uno con su mesilla al frente, sus grandes hachones á los lados y á cierta distancia un pizarron enorme.

Encarecia el vendedor un librito de aritmética de su invencion y aplicable á las más complicadas operaciones mercantiles.

Planteaba su operacion pintando grandes números, despues exponia su método comparándolo con otros: aquello era una maravilla. Se entablaban diálogos, habia aplausos, se codeaba la gente, se decian chistes y se desenlazaba el *speech* con la realizacion de los cuadernos.

Alcalde se escurria entre la gente, aparecia sobre los hombros de los espectadores, me llevaba á remolque... decla-

ramos el método admirable y nunca pudimos sumar tres cantidades por el método americano.

El otro embaucador era más diestro: de un banco y un barril vacío había hecho su tribuna; cuando llegamos á verlo, se engullía copos de algodón como si fueran anises; pero en número tal, de haber relleno pará un colchon camero. Hablaba de todo aquel hombre: decía que las medallas que llevaba al pecho eran de todos los soberanos del mundo; Alcalde, que se había escurrido casi debajo del barril, descubrió que una de esas supuestas medallas, era un peso falso de México.

Después de citas de Griegos y Romanos, de despabilar sistemas filosóficos y de hablar contra los gobernantes en sátiras tremendas y algunas llenas de chiste, pasaba á tratar de su invento.

Este consistía en la aplicación de una agua, imitación de la de las vertientes superiores del Eufrates, que extendida con una esponja recogida en Ceylan, en el lago de los cocodrilos de fisonomía humana, en cualquier objeto de lana, algodón, lino, seda, pelo, etc., etc., se le restituía toda su pureza. . . . diciendo esto se aparecía sobre las mil cabezas que rodeaban al orador, un vaso de agua cristalina y una bandeja de porcelana. . . . Salía entonces de su bolsillo, en una botellita, el agua del Eufrates y con ella la esponja de Ceylan.

La gente aplaudía entusiasmada, Alcalde no perdía un solo movimiento de aquel Robert Macaire americano, que soltaba chistes á diestra y siniestra y tenía encadenado de sus labios á su auditorio.

Chaparro, rubicundo, chato, de ojos muy grandes y retozones, la blanca corbata desanudada, el chaleco abierto de

par en par, un tropel de cabellos invadiendo su angosta frente. . . . su pañuelo blanco metido á medias en la pretina del pantalon. . . . Ese era el hombre de la agua del Eufrates.

Dispuesto el aparato, pidió á uno de los circunstantes un sombrero, que se habría repudiado en cualquier figon como trapo de cocina; mostraba el sombrero, con el blanco perdido entre la suciedad, vetas y bordes de inmundicia. . . .

—Aquí tienen vdes. el sombrero consagrado con el sudor del obrero. . . .

—Hurra! hip! hurra! bramaba la multitud.

—¿Quitarás á tu familia su pan para un nuevo sombrero?

—*Not at all* (de ninguna manera).

—¿Qué hacer?

—La misma agua que quita todos los pecados del mundo (¿?) va á quitar estas manchas. Lloro el aseo sus lágrimas sobre la impureza. . . .

Y cayeron unas gotas en la ala del sombrero; después se vertió agua natural, después más lágrimas. . . . la esponja que se pasaba por el sombrero lloraba á los apretones del yankee. . . . raudales de fango. . . . una aurora de limpieza apuntó en el sombrero. . . . después aquel sombrero estaba como acabado de sacar de la sombrerería. . . . aquello produjo el frenesí. . . . Alcalde y yo compramos una docena de pomos del Eufrates con sus respectivas esponjas. . . .

Al siguiente día, y sin que nadie lo advirtiese, hicimos colecta con todos los sombreros de los negros de la casa, y procedimos Alcalde y yo á poner en planta nuestra sublime adquisición. . . . Aquello fué espantoso: unos sombreros se fruncióron como hongos y jamás volvieron á su forma; otros, como que se quemaron, despidiendo un hedor

intolerable, y otros, quedaron con unas vetas representando todos los colores del iris Estábamos espantados de los efectos del agua del Eufrates y algo nos costó aquietar á los negros que decían riendo á carcajadas: *very well fine wotter* (muy buena, el agua fina)

Interrumpiendo la monotonía de nuestras noches, fuimos invitados á la iglesia parroquial, al casamiento de una linda cubana con un jóven frances de una familia trabajadora y honrada.

La ceremonia se verificó á las siete de la noche, abiertas de par en par las puertas, y cuidando un personaje jocoserio de casacon militar, sombrero de tres picos y desmesurado baston de grueso puño, á usanza de nuestros tambores mayores, á quien llamaban el Suizo.

La ceremonia se verificó conforme al rito católico: la novia vestía de encajes, con su velo blanco y su corona de azahares: desde la sacristía hasta la puerta de la iglesia formaron valla compacta amigos y curiosos, diciendo palabras lisonjeras á los novios á su tránsito, y haciendo votos por su felicidad.

Salimos de la iglesia y nos dirigimos á la calle Dumain, á la casa de la madrina, en que repicaba de contento el bodorrio.

El salon de la casa es extenso y estaba perfectamente iluminado; grandes sofaes, espejos colosales, soberbias alfombras, y sobre todos los adornos, los constitutivos de toda fiesta magnífica: luz, flores y mujeres.

La concurrencia era numerosa, la música alegraba los ánimos y disponía al placer.

Formábase la tertulia de cubanos y franceses casi en su totalidad, con una que otra excepcion.

En el corredor ó pasadizo interior que conduce de la calle á un pequeño, pero aseado y alegre patio, se tendieron asientos: en el patio se figuró un bonito salon de refresco y se hacia servicio abundante y perpétuo de licores exquisitos, helados, pasteles, *sandwichs*, carnes frias y cuanto podria contentar al más exigente gastrónomo.

Reinaban la finura y la confianza; multitud de niños elegantemente vestidos, corrian en todas direcciones, caracoleando entre las parejas de baile, bailando en la antesala y armando gresca en el patio, cuando tocaban al asalto de dulces y bizcochos.

Merced á las bondades inagotables de Quintero, nosotros, Alcalde y yo, fuimos amigos considerados de aquella reunion selecta; hablábamos con las señoras en el salon, conversábamos con los viejos retraidos al pasadizo y bebiamos con la gente de buen humor, declarada en sesion permanente en el departamento del ambigú.

Encargadas del servicio interior habria hasta una docena de mulatillas, que así, vistas de soslayo y con toda la circunspeccion de los años y de la buena crianza, me parecieron deliciosas.

Pechos levantados, cinturas breves, ojos *mordelones* y un cutis sonrosado, verdaderamente fino y agradable. Se mueven como si álguien les hiciera cosquillas, y nadie se mete con ellas; ríen y ven picarescas hasta á las personas mayores y de respeto; en una palabra, son la encarnacion preciosa

de la danza habanera, con todos sus requiebros y campanitas.

Un tanto apartados de la mesa del ambigú, despabilados y contentos, estaban algunos viejos chanceros, sazonzando sendos tragos con añejos, pero sabrosos recuerdos. Ya prodigaban sus cariños á los chicos, ya decían sus flores á las lindas mozas. . . . ya hacían, *sotovoche*, alusiones picarescas, pasando revista á las inquietas mulatillas. . . .

Por supuesto que entre los viejos tuve mi lugar preferente, miéntras Alcalde persuadía en la sala á una lindísima viudita. . . . que no era verdad que hubiese sido casada, puesto que un solo mes vivió unida á su esposo. Toda la chicana forense había comprometido Joaquin en aquella discusión, encanto de la viudita.

Graves autores de la Iglesia decían de Santa Teresa, añadió el letrado, que á la santa repugnaba tanto el vino. . . . que una sola vez que bebió, bebió tan poco. . . . que no bebió. . . . Vd. fué casada tan poco tiempo, que no fué casada. . . . y lo probaría en un cláustro de doctores. . . .

Los viejos hablaban de los matrimonios americanos y á la usanza americana, y uno de ellos contó, entre trago y trago, la siguiente anécdota:

“Hace más de veinticinco años arribó á este puerto, procedente de México, un M. Courtier, frances ó descendiente de frances, según su aspecto y su perfecta pronunciación del español.

“Vivo, caballeroso, formal en sus tratos y entendido, se dedicó á los negocios é hizo una pequeña fortuna.

“Los negocios á lo que parece no ocupaban todo su tiempo y se dió traza para matar el fastidio, en las horas de

descanso, en unión de una francecita dulce como el almíbar y graciosa como una paloma enamorada.

“El caballero Courtier se vió obligado á separarse de Orleans; y como cierta clase de compromisos se hacen y se deshacen por estos mundos con la mayor facilidad, los chicos no volvieron á verse.

“Mlle. Malville fué envuelta en los trastornos del Sur y atacada de una cruel enfermedad: dejó al morir, á la hija que llevaba su nombre, á cargo de una familia que le dió el suyo, y fué conocida con el nombre de la Srta. Chertois, educándose á la usanza americana y dando lecciones de piano y de frances en aquel barrio.

“Entre tanto, M. Courtier, maltratado de la fortuna, se hundió en una finca del Canadá, con su verdadero nombre mexicano, que era Navarrete, y como si se lo hubiera tragado la tierra.

“Era el hombre bonachon, de excelente humor, filósofo como viejo marido, flemudo como un alemán; y no obstante que estas cualidades le hacían amar de sus criados, la vejez hacía el vacío en su alrededor y pasaba tristes días no obstante su regular fortuna.

“Consultando el alivio de su mal, un yankee expedito le aconsejó que se casase y que para el objeto pusiese un aviso en los periódicos, diciendo quién era él y con qué cualidades quería á la novia.

“Dicho y hecho: á los pocos días, en los periódicos más acreditados de la Union se leía un aviso, poco más ó menos concebido en los siguientes términos:

“M. Courtier, residente en el Canadá, con una fortuna de setenta y dos mil pesos, desea casarse con una señori-

“ta de ménos de treinta años, de buena salud, si es huér-
 “fana mejor (los suegros siempre sobran), que no sea celosa
 “ni dada á las novelas, y que se resigne á vivir en el campo.
 “El solicitante es robusto, de buenas maneras, fuma poco y
 “no anda en malas compañías.—Dirigirse:—Nueva-York,
 “casa tal.—Missouri, H.—Nueva-Orleans, R.”

“Muchas y muy interesantes jóvenes acudieron al llama-
 miento, que á vd., me dijo, le parecerá singular; pero el cor-
 responsal de Orleans, jóven cubano encargado de una opu-
 lenta casa de comercio, fué tan expresivo, hablaba en tales
 términos de las virtudes y de las gracias de la Srita. Cher-
 tois, que el viejo se enamoró perdidamente, dando instruc-
 ciones al corresponsal para que arreglase todo lo concernien-
 te á la boda, sin demorar su felicidad.

“El jóven Martinez aprovechó el tiempo é hizo tan bien y
 con tanto entusiasmo el papel de M. Courtier, que se habria
 dicho que él era el amante, y amante tiernamente corres-
 pondido; pero la fidelidad se llevó al extremo; y si hubo
 sospecha de ardiente simpatía, la cubrió el disimulo de todo
 punto.

“Arreglóse la boda, se alquiló casa, se amuebló provisio-
 nalmente, se corrieron todos los trámites y se esperó al no-
 vio para la verificación de los esponsales.

“El novio llegó ¡y cosa rara! no obstante sus años, se hizo
 querer de la jóven y ésta realizó los ensueños del afortuna-
 do viejo.

“Citóse la ceremonia conyugal para pocos días despues de
 la llegada del anciano: acudió muy reducido número de per-
 sonas.

“El notario, los testigos, algunos amigos, Martinez entre

ellos, estaban en la sala y se impacientaban porque los no-
 vios no acababan de darse á luz.

“En el interior de la casa se representaba, entre tanto, un
 curioso drama.

“Al salir la niña de su alcoba, preguntando por su esposo,
 dejó entreabierta la puerta, y el impaciente consorte pudo
 descubrir entre dos bujías, bella, encantadora, evocando sus
 más tiernos recuerdos, el retrato de la mamá de la Srita.
 Chertois, que no era otro que el de Mad. Malville.

“Un recuerdo terrible, un pensamiento súbito embargó al
 Sr. Navarrete, quien dijo que tenia que hablar dos pa-
 labras á su mujer.

“Apartóse de todo el mundo aquella pareja... Navarrete,
 ó sea Courtier, entró en hondas explicaciones, y ella, in-
 génua, modesta, purísima, expuso su vida, mostró sus sacri-
 ficios y fué tan santa y buena con los autores de sus días,
 que el viejo lloraba á lágrima viva, abrazando conmovido á
 la hija de su corazón.

“Los convidados á la boda, aunque sufridos, no pudieron
 reprimir su impaciencia, hicieron una insinuación á los no-
 vios para que se presentasen... Se presentaron al fin en la
 sala... y tomando Navarrete la palabra, dijo en tono de
 arenga:

“No hay nada perdido, señores: no hay boda.

“(Movimiento, admiración, rumores).

“Quieto todo el mundo: nada perdido, porque esta linda
 “muchacha es mi hija; sí, señores, mi hija de mi corazón...
 “Canario! y qué linda y virtuosa mi hija! Y no hay nada
 “perdido, porque siempre hay boda... esta mocita y este
 “caballerito (señalando á Martinez), se querían y se sacrifi-

"caban á mí. . . . y al fin se casarán, y serán ricos, y tendré unos nietecitos como arcángeles.

"Esa música. . . .! destapen Champaña. . . .! y acabemos alegres, al revés de las comedias, porque se deshizo la boda."

"Navarrete se estableció no léjos de aquí, y su familia, que fué la de Martinez, llenó de felicidad sus últimos años.

"Este es el cuenécito. . . ."

"¿Quién cuenta otro más bonito?"

Bebimos alegres por el recuerdo del matrimonio frustrado, que pinta siempre una faz de la sociedad americana.

X

Sobremesa en casa de Quintero. — El Dr. Havá. — Turla. Su muerte. — Sus versos á Rodriguez Galvan. — Quintero. Sus versos. — Traducciones de Poe. — La estatua de Clay. Soledad. — Dias negros.

EN la casa de Pepe Quintero, que veía y me enorgullecía de ver como mia, tuve agradabilísimas reuniones con lo más inteligente y distinguido de la sociedad literaria de Orleans.

Quintero habla y escribe en inglés con pureza y corrección, iluminando su frase con la galanura de los idiomas latinos y el chiste del frances especialmente.

Quintero y Dana son los hombres (entre los que he tratado), que en los Estados-Unidos se pueden entender mejor y más popularmente con los hombres de raza latina.

Quintero es un gran poeta: cierta ternura sombría; cierta filosofía de la escuela de Byron, pero en el fondo llena de